



CONGRESO INTERNACIONAL

CONTESTED_CITIES

EJE 1

Artículo nº 1-516

**ELEMENTOS PARA UNA RENOVACIÓN DE LAS
POLÍTICAS PÚBLICAS URBANAS
HACIA UNA INTEGRACIÓN DE LAS DINÁMICAS DE
CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DEL ESPACIO**

LIONEL SEBASTIÁN DELGADO ONTIVERO

ELEMENTOS PARA UNA RENOVACIÓN DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS URBANAS

Hacia una integración de las dinámicas de construcción simbólica del espacio

Lionel Sebastián Delgado Ontivero

Universidad de Zaragoza

Lionel.delgado.ontivero@hotmail.com

ABSTRACT

El presente trabajo aporta elementos para enriquecer el debate abierto sobre la renovación de las políticas urbanas. En concreto se abordan los procesos de construcción simbólica del espacio como dimensión fundamental que integrar en la praxis política tanto para la identificación de problemas como para el diseño y el desarrollo de las intervenciones. La realidad social exige nuevos acercamientos y formas de comprender el fenómeno urbano. La ciudad contemporánea, en su complejidad, manifiesta problemáticas de difícil solución desde abordajes parciales. Por eso, las políticas públicas urbanas requieren renovarse abriéndose a nuevas dinámicas y métodos de abordar su objeto de estudio. Por ello, en las siguientes líneas se reflexionará sobre la necesidad de incorporar en el análisis y diseño de estas políticas la dimensión perceptiva del entorno urbano entendiéndose que la ciudad es una realidad social compleja y que muchos de los problemas que le afectan derivan de las maneras en que los ciudadanos perciben y comprenden su entorno.

PALABRAS CLAVE: Políticas públicas urbanas, metodología, espacio simbólico, participación, innovación

1. INTRODUCCIÓN

Abordar el carácter espacial de la vida humana supone, inevitablemente, centrarse en la ciudad como el lugar donde hoy en día se concretan mayoritariamente las relaciones humanas. A la vez que las sociedades humanas se *urbanizan* crece la complejidad de sus estructuras, las posibilidades que abren y los problemas que generan. De esta forma, las ciudades contemporáneas son sinónimo de heterogeneidad, de modos de vida diversos, de fragmentación de funciones, de pluralidad socio-espacial. Pero también son sinónimo de desigualdad, segregación, contaminación, marginalidad. Las ciudades, como agentes económicos, sociales y culturales clave en la vida de las personas, presentan retos a la hora de enfrentarse a los nuevos escenarios urbanos. La tarea de cubrir las necesidades de los habitantes y poder enfrentar de manera eficaz y eficiente estos problemas empuja a los distintos actores políticos a hacer frente a unos problemas cada vez más enrevesados y transversales: vivienda, medioambiente, espacios públicos, economía, movilidad etc.

1.1 Una ciudad en crisis: momentos para la innovación

En España la crisis ha tenido un escenario fundamentalmente urbano. A lo largo de estas décadas se han estado poniendo en marcha políticas públicas urbanas precipitadas y sin planificación a medio-largo plazo, políticas ligadas a la especulación inmobiliaria, a los grandes eventos urbanísticos y al *mercantilismo* urbano (Montaner & Muxí, 2011, p.211). Las estrategias políticas y económicas españolas no hicieron sino desarrollar aún más la vulnerabilidad e indefensión estructural, lo que generó que las consecuencias de la crisis empeorasen una situación ya de por sí mala. Con el estallido de la *burbuja* inmobiliaria se tiene que hacer frente a duros retos, lo que supuso poner en la palestra las formas de actuación institucional, las necesidades de los ciudadanos y las estrategias de abordaje de las problemáticas: surgen así interesantes debates en torno a la *resiliencia urbana*, la *economía social*, la *innovación social*, los *comunes urbanos*, etcétera. Pero esta apertura a la reflexión se dio tardía y obligadamente debido a la situación de emergencia, por lo que aún le queda mucho por madurar.

La gran diferencia del impacto de la crisis en los distintos territorios (Méndez, Abad & Echaves, 2015) así como las diferencias entre ciudades a la hora de diseñar herramientas políticas que resuelvan los problemas abordados (Subirats & Blanco, 2012, p.24), hacen que, aún hoy, las estrategias políticas llevadas a cabo para solucionar unos problemas urbanos que se sostienen en el tiempo hayan sido pocas y no tan eficaces como se deseaban. Por consecuencia, la incorporación de la dimensión social no es todavía regla general en las políticas públicas urbanas españolas. Predominan, en cambio, las respuestas segmentadas y especializadas que carecen de un planteamiento integral y multidisciplinar: políticas urbanísticas y políticas sociales que no se coordinan, como tampoco se coordinan distintos niveles de gobierno (local, provincial, autonómico y estatal) (Subirats & Blanco, 2009, p.11).

Es necesaria, para el desarrollo de unas políticas públicas eficaces, una reflexión acerca de las condiciones en las que se desarrollan los espacios urbanos hoy en día, así como los modelos de intervención institucional y *extrainstitucional*. La conexión entre las dinámicas urbanas y los proyectos políticos de gestión de la ciudad define el *proyecto de ciudad* que se promueve. Por ello, la manera como se afronten los retos urbanos decidirá la dirección adonde se dirigirán los recursos, determinando prioridades y reflejando jerarquías de intereses.

Replantear estas cuestiones es vital en este momento de fragilidad urbana a nivel práctico (en tanto las actuaciones urbanas necesitan adaptarse a un momento de cambio) y teórico

(tras fracasar los modelos de ciudad basados en el crecimiento, la construcción y la gestión inmobiliaria), y asentar unas buenas bases permitirá encaminar las políticas hacia ciudades participativas, igualitarias y sostenibles. Para ello, deben abrirse espacios de análisis y crítica que permitan fortalecer las posiciones tomadas, modificar los procesos según el cambio social y replantear las intervenciones urbanas allí donde sea necesario.

1.2 Las políticas públicas urbanas en un momento de crisis

Las políticas públicas en materia de urbanismo, como dicen Joan Subirats e Ismael Blanco (2009, p.9), se han centrado tradicionalmente en aspectos mayoritariamente morfológicos y económicos, dedicándose a desarrollar políticas económico-urbanas dirigidas a la generación de mayor competitividad territorial en lugar de políticas socio-urbanas focalizadas en asegurar el máximo bienestar de los ciudadanos. Esta tendencia está enmarcada en una dinámica global de desarrollo urbano en términos de flujos de capital y mercancías (Sassen, 2006; Subirats, 2002) ligada a políticas públicas de distribución espacial de costes y beneficios.

Esto ha supuesto dejar en un segundo lugar a aquellas políticas que trabajan desde perspectivas que reconocen la significación del espacio, la especificidad del territorio y las particularidades sociales sin renunciar a la transversalidad y pluridisciplinariedad (Subirats & Blanco, 2009, p.9). Y aunque en las últimas décadas se comienzan a integrar en los debates cuestiones sociales como la *innovación social*, la *participación* y la *inclusión*, estudios como el de Helga von Breyman (2015) revelan la desatención de estos indicadores en el desarrollo práctico de éstos planteamientos. Su incorporación en las políticas urbanas resultan una cuestión más retórica que práctica.

Las políticas públicas, como cualquier ámbito de conocimiento, se fundamentan en perspectivas teóricas y epistemológicas concretas, desde las cuales plantean análisis de los problemas que abordan, así como medios por los cuales intervienen sobre ellos (Roth, 2008, p.67). Si se tiene en cuenta esto se comprende que marcos teóricos, instrumentos metodológicos y realización práctica van siempre de la mano. Para una reformulación práctica de las políticas urbanas deben discutirse, por lo tanto, los planteamientos desde los que operan. Así, la discusión teórica y metodológica resulta una parte fundamental del campo de estudio de las políticas públicas.

En el presente texto se sugieren algunos elementos para la investigación de políticas urbanas desde un enfoque alternativo, sensible a la dimensión simbólica de la ciudad y los procesos de percepción que median en las prácticas que grupos e individuos llevan a cabo en el entorno. Este enfoque, integrado en el corpus epistemológico y metodológico de las políticas públicas en materia urbana repercutiría en un fortalecimiento de las intervenciones debido a una mejora de los análisis realizados.

La centralidad de la economía, la política y el derecho en nuestras sociedades ha eclipsado la valoración de los aspectos sociales de la realidad urbana, especialmente los que se refieren a las formas de comprensión espacial. Por ello, el presente estudio se concentra en este enfoque menos estudiado con el interés de aportar perspectivas novedosas a un debate aún abierto.

2. LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA EXPERIENCIA URBANA

La incorporación de lo subjetivo en los estudios espaciales no es episódica sino que se da paralelamente en distintas disciplinas: la antropología redescubre la vida cotidiana y las *tribus urbanas posmodernas* en obras como las de Augé o García Canclini, la geografía comienza a integrar al individuo en la transformación del territorio y a estudiar las

configuraciones urbanas efímeras, los espacios del miedo, las apropiaciones espaciales, etc. (Lindón, Aguilar & Hiernaux, 2006, p.16-17). En sociología, el giro subjetivo viene de la mano con el estudio de los movimientos sociales (M. Castells, A. Melucci, A. Touraine, entre otros), de los procesos comunitarios locales (P. Bourdieu), las representaciones sociales (S. Moscovici) o el conocimiento que adquieren los sujetos en sus relaciones sociales (Berger & Luckman, 1991).

Tradicionalmente, el enfoque predominante ha sido el de las disciplinas arquitectónicas, formales, centradas en el reparto volumétrico de las estructuras urbanas y en la respuesta material a los problemas urbanos. No obstante, en las últimas décadas, la ciudad pasa a entenderse como un ecosistema complejo donde los grupos humanos, protagonistas de la ciudad, generan procesos sociales surgidos a través de su interrelación con el espacio (surgen así los espacios público y privado, los procesos de movilidad interna y externa, la distribución y segregación de recursos y poblaciones, etc.). Con esto se pone el ojo en los procesos que tienen que ver con las *representaciones sociales*, las *identidades urbanas*, los *espacios vividos* y la *creación simbólica* del contexto urbano. La realidad urbana se complica, y con ella, su estudio.

La ciudad, como lugar de incesante producción simbólica (Ramírez & Aguilar, 2006, p.7), es un entorno interpretado constantemente por las personas que lo habitan. Transeúntes, usuarios, ciudadanos, pero también políticos, empresarios y gestores entran en relación con contextos diversos, distintos registros que se interrelacionan en tejidos complejos de significación. El entramado urbano funciona, a la vez, como el escenario donde *sucedan* estas vivencias y como *motor* que las genera y delimita. El espacio es, por lo tanto, percibido y comprendido pero constituye también el campo que condiciona las percepciones que el individuo desarrolla.

«La ciudad por sí sola no explica las sensaciones que se viven en ella», dicen Ramírez y Aguilar (2006, p.9) refiriéndose a que ciertos fenómenos urbanos no pueden entenderse sin introducir el factor perceptivo. Un individuo no reflexiona o percibe un entorno *ex nihilo*, sino que lo comprende desde una red de representaciones, significados y sentimientos que dan sentido a las prácticas que llevan a cabo. De esta forma, la experiencia espacial se encuentra *mediada*, es decir, la comprensión está limitada por (y a la vez limita) las posibilidades que da el espacio: un contexto que se percibe como inseguro y peligroso coarta las acciones que un sujeto pueda/desea realizar y, consecuentemente, esta limitación alimenta una percepción parcial del espacio, lo cual cierra el círculo.

La experiencia de la ciudad es una experiencia mediada por una vivencia corporal y emocional, una experiencia que establece un vínculo estrecho con los espacios que habita el sujeto, que los convierte en *lugares* humanizados, significativos. El papel del individuo en su contacto con el entorno pasa por *condensar* (Lindón, 2006a, p.27) el espacio socio-cultural en un cuerpo y conciencia que percibe la ciudad. No obstante, la localización de la experiencia en un contexto concreto y no en un *medio abstracto* hace que sus características determinen el marco en el que dicha experiencia se da.

Aun con todo, no hay que confundir esta influencia del entorno con un determinante unidireccional: siempre es desde la experiencia concreta del individuo como se construye el significado. La *teoría de las representaciones sociales* de Moscovici, defiende que, aunque los miembros de los grupos comparten representaciones, «...una vez creadas, [éstas] viven su propia vida, circulan, se fusionan, se atraen y se repelen entre sí, y dan origen a nuevas representaciones, mientras que las antiguas mueren» (Delval, 2012, p.103). Es decir, ha de comprenderse que el individuo no se comporta como un mero receptáculo de determinaciones externas sino como un *gestor*, un *procesador* que modifica o elimina elementos dependiendo de los procesos que vive. La ciudad, lugar de producción

simbólica, nos impone el reto de ser organizada cognitivamente para acceder a sus ritmos, sus espacios y sus formas de contacto.

Esta organización cognitiva es crucial para la elaboración de un sentido de lugar del cual forme parte el sujeto, convertido en habitante, y poder entrar así en relación con los otros para formar parte de la colectividad (Ramírez & Aguilar, 2006, p.10). Vivir en la ciudad es participar de un espacio colectivo de significación social (identificaciones, eventos colectivos, tradiciones, etc.), temporal (conmemoraciones, ciclos festivos, etc.) y espacial (sentidos de lugar compartidos, espacios de contacto, movilidad conjunta, etc.). Los procesos perceptivos necesarios para poder comprender el entorno, además de una raíz personal, tienen un contenido social y cultural: percibimos y comprendemos la ciudad desde nuestro ser social y a través de la cultura de la que participamos. Para entenderlo mejor piénsese en la relación que existe para Clifford Geertz entre la araña y su tela. La araña configura la tela pero ésta a su vez configura a la araña; y de esa manera «somos actores en una doble significación: el espacio nos dice qué se nos permite –o prohíbe– hacer en determinado lugar y también nosotros contribuimos a su estructuración» (Vergara, 2006, p.157). Por lo que se puede afirmar de esta manera que es la *percepción significativa* (López, 2009, p.81) la experiencia originaria de la ciudad.

3. LA EXPERIENCIA URBANA Y EL TRAZADO URBANO

Si el espacio urbano es el espacio de la lectura simbólica y la representación social del entorno, debe partirse de la plasticidad de estos procesos de comprensión espacial. La ciudad es un espacio necesariamente plural debido a las distintas formas de comprenderla. Cualquier ciudad que tenga como objetivo el desarrollo de espacios participativos e igualitarios debe operar desde la *inclusión* de las distintas representaciones urbanas, fomentando la convivencia y la diversidad. Sin embargo, las dinámicas urbanas contemporáneas se han visto como procesos de clausura de la diversidad funcional y representativa. Autores como Manuel Delgado (2007, p.38) arremeten contra una tradición arquitectónica y urbanística que pretende *determinar* el sentido de la ciudad «a través de dispositivos que quieren dotar de coherencia a conjuntos espaciales altamente complejos».

El planificador que diseña espacios urbanos sin tener en cuenta los procesos de construcción perceptiva de los que habitan en dichos lugares está decidiendo en nombre de otras personas, fijando cauces, normas y modalidades de habitar que no necesariamente son las de los afectados. Este es un problema que se ve constantemente en la labor urbanística: partir desde un supuesto punto de vista objetivo y neutro desde el que realizar proyectos intervención con un contenido que se encuentra atravesado por valores y formas de ver el mundo subjetivas.

Si los estándares desde los que se fundamentan los proyectos urbanos se derivan de una determinada concepción institucionalizada de la satisfacción de las necesidades básicas, es decir, de un *estereotipo de ciudadano* que pasa por alto las especificidades de cada caso y parte de unos modelos afectivos y cognitivos muy distintos a los que tienen las personas que habitarán esos espacios las políticas urbanas necesariamente estarán fallando en su cometido. El urbanista ordena las prácticas sociales a través de las formas físicas que constituyen la ciudad, la labor del mismo se torna realmente fundamental a nivel social. Potenciar una ciudad *dialogica* (Muntañola & Muntañola, 2011, p.135), que integre la diversidad de lo social debería ser un imperativo primordial para la planificación urbana. Y esta integración parece pasar por prestar atención, por un lado, a la labor del urbanista revelando desde qué “puntos de vista” se sostiene lo construido y, por otro lado, a la

realidad del habitante rompiendo el estereotipo de ciudadano *modelo* para el cual se diseñan los espacios.

4. LAS DIMENSIONES DEL ESPACIO VIVIDO: EJEMPLOS

A continuación se ejemplificarán algunos de los elementos que aporta incluir la dimensión subjetiva del entorno urbano en la comprensión de los problemas urbanos.

4.1 El espacio público de los inmigrantes

Uno de los retos fundamentales de las políticas públicas urbanas en materia de participación y usos de la ciudad es comprender los mecanismos por los cuales funciona la implicación social en los espacios públicos. Esta comprensión pasa por analizar finamente, a través de un acercamiento multinivel, cómo se comportan los distintos perfiles sociales, qué constreñimientos identitarios tienen y qué mecanismos operan sobre ellos. En los casos de los ciudadanos inmigrantes, este cuidado analítico es especialmente valioso. Es necesario para ello comprender las estrategias específicas de vivencia del espacio que suponen pautas y valores distintos a los de las mayorías (Leal & Leyva, 2011, p.318). Unos estándares urbanísticos que tengan en cuenta la satisfacción idealizada de un ciudadano estereotipado, sin especificidades de género, raza, grupo socioeconómico, etc., sólo pueden generar respuestas igual de estandarizadas que no logran solucionar las necesidades particulares de los distintos grupos sociales.

Por ejemplo, para las personas de nivel socioeconómico bajo de procedencia latinoamericana o norteafricana, la calle tiene un sentido articulador de la convivencia, «es ahí en donde transcurre una parte importante de la cotidianidad de la vida y donde se expresan las carencias económicas y se satisfacen una parte de las necesidades a partir de una fuerte solidaridad social» (ibíd., p.325). Si incluimos la dimensión legal en el comportamiento de los inmigrantes, tenemos que tener en cuenta realidades como la que crean la persecución de los “ilegales” ya que la carencia de permisos de trabajo y de residencia suelen hacer que la población extranjera desplace a la vivienda el significado que tradicionalmente le daban a la calle (ibíd., p.330): convierten la casa en el espacio de encuentro y reunión de las redes de afinidad y amistad debido a la percepción del espacio público como un espacio de *exposición, vulnerabilidad y peligro*.

Esto nos obliga a tener en cuenta, para comprender la percepción del espacio público por parte de los colectivos migrantes, tanto su perfil cultural como su perfil socioeconómico: no es igual la implicación social de personas migrantes de procedencia latinoamericana que la de personas de origen, por ejemplo, chino¹.

Pero tampoco es similar la forma de comprender el espacio público por parte de los perfiles migrantes pertenecientes a estratos socioeconómicos altos y la de aquellos de estratos más bajos: «en los grupos de nivel socioeconómico más elevado, el uso de la calle, en sus países de origen, era menos intenso, el espacio público era un lugar de trabajo o simplemente de paso, las relaciones se establecían dentro del espacio residencial y en lugares de espacio público ligados a algún tipo de consumo» (ibíd., p.326).

4.2 La percepción de inseguridad de las clases altas

Si incidimos un poco más en el desglose socioeconómico de los procesos de percepción urbana, nos encontramos con realidades similares: la percepción y el uso del medio urbano

¹ La utilización del espacio público, en el caso de inmigrantes de origen chino, se da en términos instrumentales. Centran su sociabilidad en locales cerrados y su presencia en espacios comunes, como el Mercado, son de paso, puntuales y esporádicas (debido, también, al hecho de que se aprovisionan en las tiendas propias). Cfr. Torres, F. (2008).

es una construcción que responde, en gran medida, a un imaginario cultural diferenciado según nivel socioeconómico. Las dinámicas de *bunkerización* urbana no pueden entenderse sin esta componente de percepción socioeconómica: la desconexión del espacio público percibido como *peligroso* proviene de prejuicios culturales (construidos en gran medida por los relatos mediáticos) y la falta de contacto con las realidades socioeconómicas percibidas como amenazadoras (Guerrien, 2006, pp.95-110). Esta mezcla de falta de contacto real con las zonas inseguras y consumo de relatos mediáticos centrados en la violencia termina potenciando la sensación de inseguridad por parte de ciertos sectores de la población.

Algunos investigadores relacionan esta sensación de inseguridad con el *principio de inteligibilidad extraviado*, es decir, la incapacidad de organizar un sentido de lugar en el entorno habitado. Lo que no es familiar produce temor (Ramírez & Aguilar, 2006, p.9), por lo que tendemos *encerrarnos* voluntariamente en circuitos de lugares, actividades y personas que resultan conocidos y, por lo tanto, *legibles*.

4.3 Las ventanas rotas de las clases bajas

En lo que se refiere a los sectores socioeconómicos más degradados, podemos contemplar procesos de percepción urbana importantes para las políticas urbanas involucradas en ética ciudadana y comportamiento cívico: por ejemplo, la teoría de las *ventanas rotas* (Kelling & Coles, 1998), desarrollada en el ámbito de la criminología, independientemente de los objetivos ideológicos que pudiese buscar dicha teoría², puede ofrecernos interesantes cuestiones relacionadas con los comportamientos colectivos y la percepción del entorno. Esta teoría relaciona la forma en que los ciudadanos perciben el entorno con los procesos de cuidado y valoración del mismo: la sensación de descuido y falta de compromiso genera más descuido y falta de compromiso. Es decir, la percepción de un entorno degradado afecta a la forma en que el individuo lo valora, lo que modula en gran medida los comportamientos que en él realiza.

Las dinámicas de degradación urbana o *decadencia urbana* (Wilson & Kelling, 2001, p.5) que sufren determinadas zonas de la ciudad debido a la falta de atención administrativa, a la insuficiente inversión económica y a la concentración de conflictividad social, generan una percepción negativa del entorno, lo que se traduciría en la generalización de comportamientos incívicos y una cultura de la ilegalidad. Como dice Arias Goyte (PICH, 2013, p.8):

La propia condición material de la ciudad puede ejercer una influencia perjudicial sobre sus pobladores por distintas causas. Si el ambiente urbano es percibido como una agresión, es difícil esperar actitudes cívicas hacia aquél, por parte de quien no ha estado en situación de intervenir en la creación de un entorno grato, o simplemente no ha dispuesto de los medios para evitar la decadencia del mismo.

4.4 La percepción del propio hogar

Pero la perspectiva que integra la percepción individual del entorno urbano y la construcción simbólico-social de la ciudad no sólo opera en lo que al espacio público se refiere. En la relación que el individuo establece con su propio hogar es también necesario incorporar el factor perceptivo ya que el tipo de arraigo que el individuo establezca con el inmueble habitado define toda una actitud con la que dicho individuo entiende el mundo social. Por ejemplo, Alicia Lindón (2006b) nos muestra cómo los habitantes de ciertas

² Creemos que esta teoría, aunque interesante para la investigación social (permite entender dinámicas sociales de contagio y difusión de ideas y comportamientos), lleva a consecuencias políticas indeseables: el principio de *tolerancia cero* que se desprende resulta inadecuado para abordar gran parte de los problemas que afectan a los ambientes urbanos. No defendemos que una persecución sistemática de comportamientos delictivos sea suficiente para solventar una situación de degradación urbana. Es necesario comprender dicha situación desde un punto de vista más amplio y contextual.

periferias metropolitanas de México establecen relaciones superficiales con su territorio habitado ya que predomina el sentimiento de sentirse *siempre en tránsito*. En uno de los modelos que estudia «el espacio de vida inmediato de la casa y su entorno adquieren el sentido de una simple localización (un punto en el cual se está) y su habitante sólo se siente un ocupante» (Lindón, 2006b, p.100), un ocupante temporal que considera que mañana puede estar en cualquier otro lugar. En otros modelos que estudia, sí que se establece un vínculo con el entorno, pero se trata de un vínculo utilitario que no crea arraigo: «el habitante devino en residente y por ello hace del territorio un bien de cambio» (ibíd.).

Estas figuras del “residente” y del “ocupante” son figuras profundamente subjetivas, frutos de una forma determinada de percepción y comprensión del propio entorno habitado. Sin entender el tipo de comprensión espacial que tienen los habitantes de un espacio, la intervención sobre ellos a través de políticas públicas puede fracasar en los objetivos de mejora de la calidad de vida urbana.

4.5 Agorafobia percibida por mujeres

Por último, resulta imprescindible traer a colación un ejemplo de relación subjetiva con el entorno, esta vez atravesada por el estudio de género. La actualidad del problema del acoso callejero y los *espacios del miedo* (Añoover, 2012) pone el interés en la relación simbólica y emocional que establecen las afectadas con el entorno urbano que frecuentan. La incidencia de piropos indeseados, acosos nocturnos y demás experiencias violentas pueden generar un sentimiento de miedo e inseguridad callejera que define la experiencia del espacio. Cuando la biografía personal filtra cómo se perciben los espacios, la situación de acoso callejero puede determinar una comprensión del espacio público como un espacio de *exposición e inseguridad*.

Alicia Lindón (2006a:16) estudia este fenómeno desde la incidencia de la *agorafobia* en las mujeres debido a una relación con el espacio en términos de *vulnerabilidad y peligro* debido a una biografía (marcada por las experiencias de acoso) y una cultura (donde el tema de la violación y el acoso sexual son constantes) determinadas. Lindón estima que la vivencia del espacio no se establece únicamente en un *aquí y ahora* permanentes, sino que remite a un pasado y a un entorno cultural que influyen en gran medida en lo que nos representamos y cómo nos lo representamos. El *aquí* es continuamente contrastado con otros lugares vividos (o incluso imaginados) anteriormente. «El sentido de peligro en un lugar apela a lo que percibe el sujeto en ese aquí y ahora, pero también hace una comparación espontánea con otros lugares en los que también sintió peligro y con otros en los que sintió confianza y seguridad» (Lindón, 2006a, p.17). Esto se potenciaría en culturas donde imperan valores fuertemente masculinos, debido aparentemente a una tradicional reclusión de la mujer en el ámbito doméstico y una presencia fuertemente masculina en los espacios públicos. Como resultado, el espacio público será experimentado por la mujer como un ambiente hostil. De esta manera, frente a la *retórica de la inclusión* que celebra la incorporación de la mujer en la esfera pública, considerando que dicha esfera es accesible y neutral, vemos que operan en el espacio público estrategias de exclusión y distintas formas de vivirlo (Fraser, 1990, p.60).

5. CONCLUSIÓN

Se han visto hasta ahora los contenidos fuertemente perceptivos de la experiencia urbana y cómo éstos definen la vida individual y social de las personas en la ciudad. Posteriormente, se ha hecho un somero repaso a algunos ejemplos concretos de estudios de la realidad subjetiva del ambiente urbano, lo que resulta indispensable para profundizar en las dinámicas sociales que conciernen al campo de las políticas públicas.

Estos elementos estudiados aportan valiosos recursos para los estudios en los que deben basarse las políticas urbanas. Tanto para la identificación de problemas como para el desarrollo y selección de alternativas, así como para lograr la implicación de los individuos afectados en dinámicas sociales de solución de problemas, integrar en las políticas urbanas aquellos procesos por los cuales el espacio adquiere significado resulta un avance importantísimo respecto a las políticas llevadas hasta el momento.

Los debates de urgencia que llevan teniéndose en España desde hace algunos años han aportado importantes elementos a las distintas prácticas urbanas, tanto institucionales como extrainstitucionales. La integración de estos elementos de *participación, significados vividos y vivencia del espacio* se están realizando hoy en día en multitud de iniciativas que se llevan a lo largo del país hoy en día. Estas iniciativas echan mano de diversas técnicas de investigación como son las técnicas de *mapeo*, las encuestas de percepción, grupos de discusión, etc. Con estas técnicas se aborda el territorio vivido y mediante los ejercicios realizados se plasman las distintas representaciones que tienen los individuos implicados. Poder poner a trabajar y reflexionar a las personas sobre el espacio abre la puerta a las distintas emociones y pensamientos que estas personas tienen, lo cual puede aportar información muy valiosa. Identificar zonas peligrosas, recordar experiencias buenas y malas, señalar los lugares más valiosos, descubrir potencialidades escondidas..., esto puede ayudar a enfrentar las problemáticas urbanas incluyendo una dimensión fundamental: la relación que establecen los ciudadanos con dichos problemas.

La realidad social exige nuevos acercamientos y formas de comprender el fenómeno urbano. La ciudad contemporánea, en su complejidad, manifiesta problemáticas de difícil solución desde abordajes parciales. Por eso, las políticas públicas urbanas requieren renovarse abriéndose a nuevas dinámicas y métodos de abordar su objeto de estudio. Y eso pasa, entre otras cosas, por prestar atención a las dimensiones sociales de percepción del contexto urbano e integrar en los proyectos aquellas formas por las que los ciudadanos comprenden y habitan el espacio. Únicamente contando con la presencia de los ciudadanos (y con ellos a sus representaciones espaciales) en las dinámicas de las políticas públicas se podrán resolver los problemas que les afectan.

BILIOGRAFÍA

- Añoover, M. (2012). Los espacios "del miedo", ciudad y género. Experiencias y percepciones en Zaragoza. *Geographicalia*, 61, pp.25-45
- Berger, P. y Luckman, Th. (1991). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu
- Breyman, H. (2015). *Identidad, apropiación, sentido de comunidad y satisfacción residencial: claves de análisis para los estudios urbanos y la planificación. El caso del barrio Embajadores, Madrid* (Tesis Doctoral). E.T.S. Arquitectura (UPM), Madrid
- Delgado, M. (2007). De la ciudad concebida a la ciudad practicada. *Catálogos de Arquitectura*, 20, pp.38-39
- Delval, J. (2012). El constructivismo y la adquisición del conocimiento social. *Apuntes de Psicología*, 30(1-3), pp.99-109
- Fraser, N. (1990). "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy" en *Social Text*, 25/26, 56-80
- Guerrien, M. (2006). "Arquitectura de la inseguridad, percepción del crimen y fragmentación del espacio urbano en la zona metropolitana del valle de México" en Fraile, P., Rodríguez, G., Bonastra, Q. y Arella, C. (coord.) (2006). *Paisaje ciudadano, delito y percepción de la inseguridad. Investigación interdisciplinaria del medio urbano*, Madrid, Dykinson, 93-115

- Kelling, G. y Coles, C.M. (1998). *Fixing Broken Windows: Restoring Order and Reducing Crime in Our Communities*. Touchstone Press
- Leal, J. & Leyva, M^a S. (2011). “El espacio público de los inmigrantes” en *ACE: Architecture, city and environment*, 17, 317-334
- Lindón, A., Aguilar, A. y Hiernaux, D. (coord.) (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Barcelona: Anthropos
- Lindón, A. (2006a). Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial. En Ramírez Kuri, P. y Aguilar Díaz, M.A. (Coord.). *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. Barcelona: Anthropos, pp.13-33
- Lindón, A. (2006b). La casa búnker y la deconstrucción de la ciudad. *Liminar: estudios sociales y humanísticos*, 4(2), pp. 18-35
- López Rodríguez, S. (2009). *El atlas del gran Jan: Poética de la ciudad, su percepción y representación en el arte contemporáneo*. Granada: Universidad de Granada.
- Méndez, R., Abad, L.D. y Echaves, C. (2015). *Atlas de la crisis. Impactos socioeconómicos y territorios vulnerables en España*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Montaner, J.M. y Muxí, Z. (2011). Ensayos para mundos alternativos, Atómico-Electrónica de Publicaciones. Recuperado de: http://issuu.com/cpvgc80/docs/ensayos_para_mundos_alternativos
- Muntañola, J. & Muntañola, D. (2011). La sociología del espacio al encuentro de una arquitectura oculta en la educación. *RASE. Revista de la Asociación de la Sociología de la Educación*, 4(2), pp.133-151
- PICH (2013). *Evaluación del Plan Integral del Casco Histórico 2005-2012. Diagnóstico del barrio y propuestas de futuro*. Ayuntamiento de Zaragoza. Recuperado de: <https://docs.google.com/file/d/0B3d9t-75QKzmzWERtUGRVVGEzX0E/edit>
- Ramírez, P. y Aguilar, M.A. (coord.) (2006). *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. Barcelona: Anthropos
- Roth, A.N. (2008). Perspectivas teóricas para el análisis de las políticas públicas: ¿de la razón científica al arte retórico? En *Estudios políticos*, Medellín, 33, pp.67-91
- Subirats, J. y Blanco, I. (2012). Políticas urbanas en España: dinámicas de transformación y retos ante la crisis. En *Geopolítica*, 3(1), pp.15-33
- Subirats, J. y Blanco, I. (2009). ¿Todo lo urbano es social y todo lo social es urbano? Dinámicas urbanas y dilemas de las políticas públicas. En *Medio Ambiente y Urbanización*, IIED-América Latina, 70(1), pp.3-13
- Subirats, J. (Ed.) (2002). *Redes, Territorio y Gobierno. Nuevas respuestas locales a los retos de la globalización*. Barcelona: Diputación de Barcelona
- Sassen, S. (2006). *Cities in a world economy*. Londres: Pine Forge
- Torres, F. (2008). “Los nuevos vecinos en la plaza. Inmigrantes, espacios y sociabilidad pública” en *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 3(3), 336-397
- Vergara, C.A. (2006). Niveles, configuraciones y prácticas del espacio. En Ramírez Kuri, P. y Aguilar Díaz, M.A. (Coord.) (2006). *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, Barcelona, Anthropos, pp.157-173
- Wilson, J.Q. y Kelling, G. (2001). Ventanas rotas. La policía y la seguridad en los barrios. *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, 10(15-16), 67-78